

10. Panorama actual de los géneros literarios en la formación universitaria: hacia un estado de la cuestión



JOSUÉ RANDÚ SALAZAR HERNÁNDEZ*

DOI: <https://doi.org/10.52501/cc.340.10>

Resumen

Este ensayo sostiene que la clasificación de los géneros literarios es un instrumento metodológico esencial para ordenar y comprender la producción literaria, pero que su complejidad ha crecido debido a la expansión de formatos, soportes y prácticas narrativas. Tras exponer la vigencia pedagógica de la clasificación aristotélica, se problematiza su escaso alcance frente a creaciones posteriores, como la novela, la crónica, la novela gráfica, el guion, y las composiciones musicales, que escapan al formato del libro impreso y plantean formatos híbridos. Se subraya la urgencia de un estudio exploratorio en la formación universitaria para que los estudiantes de Letras Españolas adquieran una visión crítica y actualizada de las clasificaciones existentes y de las propuestas emergentes, capaces de integrar tanto las tradiciones clásicas como las innovaciones tecnológicas en el estudio de los géneros literarios.

Palabras clave: *géneros, narrativa, literatura.*

* Licenciado en Ciencias de la Comunicación. Docente en la Universidad Autónoma de Coahuila, México. ORCID: <https://orcid.org/0009-0008-2231-6723> ; correo electrónico: josuesalazar@uadec.edu.mx

Introducción

Categorizar permite a cualquier disciplina abordar objetos de estudio de una manera más clara y precisa. Este proceso permite encontrar semejanzas y distinguir diferencias para integrar grupos en los que se puede catalogar los objetos estudiados. La literatura no es ajena a este proceso; sin embargo, la vasta producción literaria, la constante innovación en las técnicas narrativas y los cambios sociales y culturales vuelven complejo el estudio de los géneros literarios, en particular para los estudiantes de nuevo ingreso de la Licenciatura de Letras Españolas, de la Universidad Autónoma de Coahuila, quienes deben identificar elementos que tienen en común las producciones literarias para que puedan categorizarlas y ubicarlas en cualquier género, pero también para conocer el panorama actual de los estudios en la materia.

Este primer acercamiento a los géneros literarios es para muchos estudiantes también su primer acercamiento a los estudios literarios, lo que resalta la importancia de que conozcan que la literatura, como cualquier otra actividad artística, constantemente se redefine a sí misma y muestra su carácter flexible, adaptándose a su contexto social e histórico, dando lugar, a su vez, a las corrientes literarias, otra área de estudio relacionada con los géneros literarios.

En este contexto, surge la necesidad de hacer un estudio de carácter exploratorio para identificar no solo las clasificaciones de los géneros literarios ya existentes, sino también aquellas propuestas que proponen clasificaciones nuevas o que permiten abordar creaciones literarias que no encajan en las categorías tradicionales, ya sea porque son más actuales, tienen un formato híbrido o incluso existe la duda sobre si se deben considerar como literatura.

Actualmente, para el proceso didáctico en un contexto universitario de los estudiantes de Letras Españolas, cuando se abordan los géneros literarios para su análisis, prevalece la clasificación planteada por el filósofo Aristóteles alrededor del siglo IV a.C. en su obra *Arte Poética*.

Esta clasificación, si bien permite identificar los géneros literarios de una manera clara y funciona como un primer acercamiento a su estudio, deja fuera a otros géneros que fueron creados siglos después, resultado de corrientes literarias y contextos sociales, políticos e históricos.

También excluye aquellas creaciones que, aunque tienen un origen y fin literario, su publicación y consumo como objeto no es un libro físico, por lo que, en una primera instancia, se debe definir qué es un género literario y diferenciarlo de aquello que no lo es.

La industria editorial ha hecho su propia clasificación de la literatura con criterios temáticos para ordenar obras en su catálogo; sin embargo, no se puede usar esto como una clasificación de géneros literarios, pues no se toman en cuenta estructuras narrativas ni formatos de publicación de las obras. Por ejemplo, lo que la industria editorial considera como literatura juvenil es en realidad una categoría temática en la cual los lectores pueden tener tópicos propios para este sector poblacional, pero cuyas obras pueden pertenecer a géneros literarios muy distintos entre sí, como novelas, crónicas, cuentos o novelas gráficas.

Otro ejemplo es la literatura fantástica, una clasificación temática para ubicar obras en el estante de una librería o un catálogo, pero cuyas obras pueden pertenecer a géneros literarios muy diversos, cuyo único punto en común sea el tema que abordan en sus páginas.

La clasificación de la industria editorial es útil para fines comerciales y de catalogación, pero es poco precisa para los fines de los estudios literarios, pues se pueden encontrar ambigüedades como las citadas anteriormente. Entonces, para clasificar a las producciones literarias en géneros es necesario establecer criterios literarios para encontrar semejanzas y diferencias que permitan organizar las obras.

Mónica Moreno Torres y Edwin Carvajal Córdoba sostienen que la clasificación de las obras en géneros literarios le permite al lector comprender el proceso de naturalización de la obra Córdoba et Torres (2009).

De ahí la importancia de que los estudiantes universitarios, al tener su primer acercamiento con los estudios literarios, conozcan cuáles son las clasificaciones ya existentes, para que al estudiar una obra puedan ubicarla en el género que le corresponde y puedan identificar si cumple con los criterios técnicos para su evaluación.

Aristóteles clasificó los géneros literarios en tres grupos: épico, lírico y dramático; en cada uno hubo cabida para las creaciones literarias que existieron en su tiempo, la mayoría de ellas perduraron el paso de los siglos y han llegado hasta nuestros días, como la poesía, que es clasificada dentro del género lírico.

Resalta en esta clasificación del filósofo griego que da cabida a dos géneros que hoy en día no se consideran producciones literarias, ya que su presentación final no es en un libro. El primero es el género dramático, donde Aristóteles ubica a las creaciones teatrales que se presentan en un escenario, haciendo una alusión directa a la tragedia y la comedia, las cuales enriquecieron la literatura de la cultura griega y que han perdurado hasta nuestros días.

Una característica de este género es su carácter performativo, en el que las obras estaban concebidas para su representación en un espacio escénico con actores e incluso música, por lo que estas producciones literarias eran planeadas no solo para ser leídas, sino también para ser vistas y escuchadas. El autor entonces debía estructurar su obra con el fin de que pudiera ser representada, una semejanza compartida con los guiones actuales.

El otro es el género lírico, donde entra la poesía. Esta, aunque ha evolucionado con el paso de los siglos, conserva algunos elementos que la hacen única frente a otros géneros literarios.

La poesía recurre a la metáfora para dar un nuevo significado a las palabras y construir de esta manera historias que carecerían de sentido o tendrían uno muy distinto en cualquier otra producción literaria. Otra característica de este género es la sonoridad que se construye a través de las palabras, la métrica y el ritmo, y que prevalece incluso en aquella poesía que se escribe en verso libre. A través de la poesía, el autor busca crear un vínculo con el lector y una respuesta emocional a través del uso experimental del lenguaje.

En la metáfora, la sonoridad juega un papel muy importante, incluso en aquella poesía en verso libre: los acentos, las comas, las pausas y la fonética de las mismas sílabas generan un ritmo que puede llevar al lector de la calma a la exaltación o viceversa.

El autor, que para este género se denomina poeta, busca que el poema se escuche como se lea; incluso en el poema en verso libre, el poeta busca mantener en su obra una cadencia propia.

No hay que olvidar que en la antigüedad esta se presentaba acompañada de música, en particular de la lira, de la que toma su nombre. Si bien en el pasado no existieron dudas de que la música, en particular las letras de

las composiciones, era una creación literaria, con el paso de los siglos esta concepción cayó en el olvido.

La poesía lírica en la antigüedad tenía una función social, por lo que no tenía un carácter privado, sino comunitario, lo que permitió que muchas de estas obras se difundieran de manera oral, incluso entre personas que no sabían leer y escribir, pero sí cantar. Este proceso no es exclusivo de los griegos, ya que, a lo largo de los siglos siguientes, la tradición oral permitió contar historias con acompañamiento musical, encontrando ejemplo de esto en la actividad de los juglares, los cánticos religiosos y, en un contexto más contemporáneo, la música popular, como los corridos. Por lo que la poesía lírica no desapareció, sino que evolucionó con el paso de los siglos hasta llegar a nuestros días.

Sin embargo, pese a que hemos estado inmersos en ella, fue hasta el año 2016 cuando la Academia Sueca anunció el Premio Nobel de Literatura para el músico, compositor y cantante Bob Dylan, cuando se reavivó el debate sobre si la música debe ser considerada un género literario o no. Uno de los detractores del galardón a Dylan fue Mario Vargas Llosa, laureado apenas seis años antes y que lanzó fuertes críticas a la decisión del jurado.

El debate quedó abierto pese a que los antecedentes apuntan a la estrecha relación entre la literatura y la música. La lírica, por ejemplo, comparte con la música uno de sus elementos esenciales, como es el ritmo (López Ojeda Daniel, 2013), pero también todas las obras musicales necesitan de un compositor construye una historia que después será acompañada por sonidos, por lo que es pertinente diferenciar las composiciones musicales que tienen letras de aquellas que no, pues en estas últimas la figura del compositor se limita a la creación de los acordes que interpretarán los músicos con sus instrumentos, una actividad que ya tiene características distintas al quehacer literario, pues los acordes, pese a tener ritmo al ejecutarse, no están contando una historia, como sí ocurre cuando estos van acompañados por texto a través de una canción.

Además, los ritmos de los acordes, sumados a otros elementos propios de la ejecución musical, permite clasificar las composiciones en géneros musicales en los que incluso puede no existir la presencia de creaciones literarias, solo sonidos. Entonces, es importante resaltar que la música que se puede considerar un género literario es aquella que tiene elementos líricos,

pues existe la intencionalidad del compositor, y después del intérprete, de contar una historia.

Si este paradigma contempla que una creación narrativa, al estar acompañada por sonidos, se puede considerar un género literario, abre la posibilidad a que otras producciones con características similares, pero con un fin distinto, puedan también considerarse como géneros literarios. Creaciones literarias como aquellas que son acompañadas por imágenes o imágenes y sonidos cumplen con características propias de las producciones literarias, por lo que es pertinente analizar algunos elementos que las componen.

En primera instancia, las creaciones literarias en cuya presentación final están acompañadas por imágenes podemos encontrar publicaciones como la historieta, el cómic, el manga y la novela gráfica. Todas estas producciones son concebidas como el resto de las creaciones literarias, existe un autor o un grupo de autores que conciben la historia, los personajes y la trama que después se presenta al lector, acompañada por imágenes.

En algunas creaciones la presentación se hace en publicaciones periódicas, sin que esto sea impedimento para su clasificación como un género literario, ya que en el pasado varias de las obras literarias que han marcado la literatura universal, como *Madame Bovary* de Gustave Flaubert, se publicaron también en entregas, incluso formando parte de otras publicaciones y revistas, lo que no impide que estas creaciones tengan una identidad propia. Resalta también que la publicación de una obra literaria en entregas periódicas crea en el lector una tensión narrativa que le obliga a mantenerse al pendiente de la obra que está leyendo.

De los ejemplos citados anteriormente, la novela gráfica es quizá la que retoma más elementos propios de una producción literaria, al profundizar más en las historias e incluso contar con subtramas o desarrollo de personajes secundarios, características esenciales de las creaciones literarias.

Algunas novelas gráficas presentan una fuerte influencia de las narrativas populares, como los mitos y leyendas locales, lo que refleja la cosmovisión de sus autores y de sus culturas.

Las características propias del formato de publicación de las novelas gráficas, donde las imágenes contribuyen en la experiencia de lectura, tam-

bién abren la posibilidad al uso de elementos como las onomatopeyas, las cuales, si bien encontramos en otras producciones literarias, en la familia de la novela gráfica adquieren mayor protagonismo al formar parte de los elementos narrativos.

Además, las características visuales propias de la novela gráfica convierten la obra en un lienzo en el que la sucesión de imágenes, viñetas, contrastes y onomatopeyas refuerzan su carácter narrativo, haciendo que sea más cómodo su consumo para quienes no están tan familiarizados con la literatura o quienes tienen rechazo a leer.

También es importante resaltar que la novela gráfica como género literario aborda temas más complejos que la historieta tradicional, con contenidos adultos que presentan cierta madurez literaria (Alary, 2018). Sus autores no buscan solo el entretenimiento para lectores jóvenes, público al que se suele asociar a la historieta y el cómic, sino que trata de obtener una trascendencia mayor, no solo generacional, sino también cultural, una característica de la literatura universal.

La novela gráfica no es un producto que debe ser menospreciado por la Academia, menos por quienes tienen la tarea de formar a los nuevos profesionistas en Literatura, sino que debe ser estudiada como un género literario con sus características propias, e incluso podría promover la lectura. Sin embargo, la novela gráfica no es la única producción literaria con algunas de estas características que quedan excluidas cuando se abordan los géneros literarios en los estudios universitarios.

Si el formato de publicación no define al género literario, como ocurre con la música y la novela gráfica, tampoco debe hacerlo con el guion. Aristóteles ya concebía la tragedia y la comedia como subgéneros dramáticos e incluso definió las características de cada uno. Mientras que la tragedia era una representación de las pasiones humanas, buscando crear una catarsis en el espectador y generalmente dar una lección moral, la comedia era una sátira que tenía como único fin el entretenimiento. Ambos géneros han sobrevivido el paso de los siglos en el teatro, recibiendo a través de los siglos influencias de otros géneros literarios, como fue el caso de la novela, con las adaptaciones para su representación en los escenarios.

Pero, aunque las características de las obras teatrales han conservado su esencia, sus características técnicas, su estructura y su formato de pu-

blicación han permitido su uso en plataformas como los medios de comunicación.

El guion, que es el formato en el que se conciben las obras teatrales, también ha servido para estructurar obras para radio, televisión y cine. En años más recientes, con la irrupción de las redes sociales y las narrativas digitales, el guion ha tenido un nuevo auge, pues se recurre a él para concebir creaciones literarias que se presentarán en formatos multimedia, con una estructura que tiene como fin mantener la atención del espectador.

Estructuras narrativas digitales como el *storytelling* no podrían concebirse sin un guion y tampoco podrían tener el impacto esperado por su autor o autores. El guion necesita no solo contar una historia, sino también dar indicaciones técnicas a actores, producción y al *staff*.

Los guiones también recurren a elementos propios de las producciones literarias para construir historias, como son los personajes, el uso de un narrador o narradores, y queda muy bien definida la presencia de una introducción, un desarrollo y un desenlace.

En otros géneros, como la novela y la crónica, los diálogos son un complemento; el protagonismo es del narrador, pero en el guion son los diálogos de los personajes los que construyen la historia, pero para que esto sea posible es necesario que el autor, denominado guionista, tenga la destreza no solo para contar los hechos, sino también dar instrucciones técnicas puntuales que permitirán lograr en el espectador, quien es el consumidor final de la obra, el efecto deseado.

Quien realiza una representación de un guion está usando su voz y su cuerpo para dar vida a las historias que alguien previamente construyó para su representación sobre un escenario, frente a un micrófono o ante las cámaras, lo que convierte el guion en una construcción social y cultural teniendo un enorme alcance tras la representación final en los medios masivos de comunicación (Galán Silvo, 2022).

El guion, en cualquiera de sus presentaciones para fines diversos, es entonces no solo la creación literaria, sino también las indicaciones para su construcción y ejecución para lograr el efecto que el autor busca en el espectador.

Los géneros literarios citados anteriormente, música, novela gráfica y guion, no podrían concebirse sin otros géneros ampliamente estudiados y aceptados, como el relato, el cuento, la poesía, la crónica y la novela.

En todos predomina la figura de un narrador, personajes principales y secundarios, y una trama que puede resumirse en tres partes: una introducción, un nudo y un desenlace.

El orden de estas estructuras, e incluso elementos de estas, como el clímax, que forma parte del nudo, puede cambiar o incluso estar manipulado por el autor para los fines que le convengan a su obra.

Se menciona primero al relato por ser quizá la forma más básica de narrar una historia, por lo que sería también una de las formas más antiguas en las que se ha difundido la literatura desde la antigüedad, incluso entre personas que no saben leer y escribir, incluso prescindiendo del libro.

El relato no necesita de un lector para ser difundido, pues se vale de la comunicación oral para contar una historia. Antes de la invención del alfabeto e incluso de que existieran los libros, ya había historias que se transmitían de una generación a otra, pues no se requería de un lector, ni siquiera de un escritor, solo de un narrador que tuviera la capacidad y destreza de ordenar sucesos, reales o ficticios, para crear una historia. Este género tiene en la oralidad su base y esencia, pues, aunque hoy se concibe de manera escrita, su estructura conserva la sencillez de poderse replicar incluso en ausencia del signo gráfico y del libro.

El relato conserva en la oralidad su carácter narrativo, pues el autor de una obra con estas características transmite elementos esenciales, dejando un margen a la improvisación; por ejemplo, los diálogos pueden profundizar en detalles, dar contexto o enriquecer la trama, sin que su ausencia afecte la historia.

Otra característica esencial del relato es su desenlace, que puede cerrar o no la historia, sin que esto afecte su carácter narrativo, ya que, al tener cualidades de la oralidad, al igual que ocurre con esta, una historia se puede interrumpir en cualquier momento sin que necesariamente haya un desenlace. La historia en un relato puede continuar o no al libre albedrío del autor o incluso del lector, si este decide replicar el relato con detalles agregados.

A diferencia del relato, el cuento tiene una estructura más sólida, pues, mientras el primero tiene una esencia más oral, el segundo toma elementos del primero, pero trata de condicionar la recepción del lector. Un ejemplo de esto son los cuentos enfocados en un público infantil, en el que las his-

torias, aunque se transmitan de manera oral, buscan dejar una lección en quien las escucha.

Otra característica es que los cuentos necesitan un desenlace, incluso cuando este quede abierto a la interpretación del lector. Un cuento sin final no está terminado o puede convertirse en un relato. En el cuento, el autor puede explorar múltiples posiciones, aunque predomina la omnisciente, por lo que en este género existe una mayor complejidad narrativa, lo que obliga a usar los recursos retóricos de una manera más estructurada para lograr el impacto deseado en el lector.

La crónica, en cambio, comparte similitudes con el relato y el cuento en cuanto a la oralidad de su narrativa, pero con una intencionalidad del autor, que en la mayoría de los casos busca documentar un suceso. Si bien la crónica no es un género literario reciente y se pueden encontrar antecedentes desde la antigüedad, fue con la irrupción de los medios de comunicación como comenzó a definir su estructura como la conocemos, ya que tomó elementos narrativos propios de la literatura y la metodología del periodismo. El resultado fue un híbrido en el que el fin es contar una historia con la mayor cantidad posible de detalles de una manera cronológica. Si bien en ocasiones los autores alteran el orden de la estructura de su obra para los fines narrativos que les convengan, incluso así se logra identificar una introducción, un nudo y un desenlace.

La crónica también puede diferenciarse entre periodística y literaria: mientras que la primera busca informar, la segunda busca trascender.

La novela, en cambio, es quizá el género literario más complejo, pues exige a su autor tener la capacidad para poder crear y articular tramas complejas que exploran las motivaciones, conflictos y transformaciones de sus personajes. En la novela puede haber uno o más narradores, como también un manejo más desarrollado de la cronología en la trama, según el criterio del autor, por lo que la novela puede tomar elementos de otros géneros literarios y explotarlos a mayor profundidad. Aunque también existe una introducción, un nudo y un desenlace, existen otros elementos, como el clímax, que permiten llevar la tensión dramática al límite.

El autor también puede recurrir a las metáforas para construir una narrativa más compleja o provocar una respuesta emocional en el lector tal como lo hace un poeta, sin que su objetivo sea construir un poema.

En la novela, el autor también puede valerse de las subtramas para explorar la *psique* de sus personajes, incluso creando historias alternas a la trama principal en una misma obra, en un entramado del espacio y tiempo que se convierte en un observatorio de la conducta humana desde la ficción.

Conclusión

Esta exploración sobre los géneros literarios pone de manifiesto la necesidad de establecer criterios de clasificación claros y, al mismo tiempo, de reconocer la naturaleza dinámica y expansiva de la creación literaria.

Aunque se parte de la tradición aristotélica, esta clasificación resulta ya insuficiente para englobar las manifestaciones innovadoras surgidas a lo largo de los siglos, pues algunos géneros, como la novela, no tienen cabida en las categorías que legó Aristóteles.

También es importante reconocer que la literatura no se ciñe exclusivamente al libro, pues este formato limita algunas producciones que tienen un fin literario, pero son consumidas de formas distintas a la lectura.

El estudio exploratorio abre perspectivas innovadoras para el campo de los estudios literarios. Al recuperar la performatividad originaria del drama, la musicalidad de la lírica y la oralidad del relato, pero al incorporar también recursos como la imagen y el sonido, se conforma un corpus de géneros literarios tan diverso como las prácticas culturales actuales.

Referencias

- Alary, V. (2018). La literariedad iconotextual en la novela gráfica hispana prolegómenos. *Caracol*, 15, 26-51. <https://revistas.usp.br/caracol/article/view/138672/140063>
- Córdoba, E. C., y Torres, M. M. (2009). El Estructuralismo en literatura: aportes y límites a las nuevas teorías estéticas y a la investigación en didáctica de la literatura. *Enunciación*, 14(2). 21-32. <https://doi.org/10.14483/22486798.3058>
- Galán Silvo, I. (2022). El guion cinematográfico como etnografía. A propósito de una investigación antropológica en Arabia Saudí. Antípoda. *Revista de Antropología y Arqueología*, 1(47), 141-166. <https://doi.org/10.7440/antipoda47.2022.07>
- López Ojeda, E. (2013). Literatura y música. *Brocar. Cuadernos De Investigación Histórica*, (37), 121-144. <https://doi.org/10.18172/brocar.2541>